

CAPITULO C.

De cómo Esplandian partió de Constantinopla la vía de la montaña Defendida, y la fortuna de la mar lo echó á un extraño puerto cerca de la villa de Alfarin, donde halló seis caballeros de los suyos en una cruel batalla, peleando con muchos turcos, y de las maravillas que en armas allí hizo.

Dicho se vos ha cómo, despues de haber salido Esplandian de la recámara de su muy amada y hermosa Leonorina en la tumba donde estaba, que la doncella Carmela y aquellos dos caballeros Enil y Gandalin lo pusieron en la nave, y cómo de allí lo mas presto que él pudo se partió por la mar. Pues agora vos será contado lo que de aquel viaje le acaeció. Así fué, que navegando la vía de la montaña Defendida, donde él deseaba ir por la ver, y certificar á qué recaudo tenían al rey Armato, que preso allí dejó, la fortuna, que muy poco cuidado tiene que el pensamiento y deseo de los hombres sea en aquella manera que ellos querrian ejecutado, si no es conforme á la movible voluntad, porque gozando de aquel consentimiento suyo, así sean obedientes en todas las otras prósperas ó adversas cosas que por ella guiadas son; desviando la fusta por otra diversa vía, púsola en la parte donde este esforzado caballero fuera para siempre lastimado, si en la tal afrenta no se acertara. Y esto fué, que por la gran fuerza de un gran viento de travesía, la nave aportó en la ribera de la mar, dejando á la siniestra mano la fuerte villa de Alfarin, donde los caballeros sus amigos habia dejado. Pero siendo cerca de la tierra, vieron entre unas ásperas peñas un ayuntamiento de gentes armadas, revueltos unos con otros, dando grandes voces y alaridos, como que entre sí alguna peligrosa batalla hubiesen. Lo cual visto por Esplandian, como aquel que en todas las cosas gran conocimiento en sí hubiese, dijo á Enil y Gandalin: «No me creais si esta nuestra fusta en vano fué aquí venida; por ende seamos luego armados, y vamos á aquella gente; que mi corazon me dice que no será en vano nuestra ida. Y esto digo porque, como vosotros sabeis, quedaron en la villa de Alfarin aquellos caballeros nuestros amigos, que, queriendo usar de su gran virtud y gran fortaleza acostumbrada, habrán salido á esta parte, que de enemigos toda es; donde, aunque la entrada sin peligro fuese, por ventura la salida hallarian mas trabajosa, como en semejantes afrentas acaecer suele; y si como lo pienso fuere, tomaremos juntos con ellos la muerte ó la vida, guiándolo la ventura á su placer.»

Entonces fueron de sus escuderos armados, y salidos de la nave en la tierra, yendo al mayor paso que pudieron hácia la gente que dije que habian visto; y siendo ya cerca della, mostróseles claro cómo ciertos caballeros paganos, á su parecer en número de hasta treinta, bien armados de escudos y yelmos y lorigas, que á pié estaban, y con ellos hasta otros veinte hombres de mas baja suerte, combatian á seis caballeros muy bravamente, que desde unas peñas se defendian con muy grande esfuerzo. Los cuales, por las señales de las armas, luego dellos fueron conocidos ser los que sospechaban. Y siendo ya mas cerca de aquella gente, Esplandian en voz alta dijo: «Tiradvos afuera, gente mala, amigos y servidores del enemigo malo, y dejad

los caballeros de nuestro Señor Dios; si no, todos seréis muertos y destruidos.»

Cuando aquesto por aquella gente fué oído, teniendo que de los suyos fuesen que á ayudarles venian, y agora por aquellas palabras conociesen ser así como los otros contrarios, partiéronse la mitad dellos para resistir, no teniendo en nada sus amenazas y gana de los matar. Mas Esplandian les fué al encuentro y sus compañeros; así que, en uno fueron juntos, donde se les siguió una peligrosa lid; que como aquellos muchos fuesen, y los mas bien armados, y tenían lo alto de la peña, herian á su salvo y á su voluntad en los de abajo con las lanzas y saetas de arcos, y con pesadas piedras que rodando les echaban. Pero aquel muy esforzado Esplandian y los dos sus caballeros no fueron por eso desmayados ni espantados; antes porfiando todavía por se juntar mas con ellos, todas aquellas afrentas recibian en sus escudos, hasta que por fuerza, sin que se lo pudiesen resistir, se metieron terriblemente entre ellos, haciéndolos dos partes, dejando por donde iban muertos á todos los que delante se les paraban. Allí pudiérades ver las grandes maravillas que Esplandian hacia, allí pudiérades juzgar ser este el cabo de todo el esfuerzo y de toda la órden de caballería, que despues que entre ellos fué, nunca dió golpe á caballero ni á ninguno de los otros, que mas del suelo levantar se pudiese. Pues de Enil y Gandalin vos digo que, mirando lo que su caudillo hacia, junto con sus esforzados corazones dobladas sus fuerzas, le iban siguiendo, guardando que las espaldas no le tomasen, derribando y matando todos aquellos que por los herir á ellos se juntaban. Así que esto fué por los que en las peñas se defendian visto, cómo aquellos tres caballeros habian desbaratado tantos de sus enemigos, con mucha mas esperanza que hasta allí tenían, salieron todos juntos de aquella guarda, y aquejaron tanto á sus contrarios, que los pusieron, á mal de su grado, con los pocos que de Esplandian se retraian; así que, los unos y los otros fueron en medio de sus enemigos puestos. Mas ellos, viendo tantos hombres muertos de los suyos, y otros heridos, que grandes voces daban, desamparando la pelea, comenzaron á huir por entre las peñas, pensando de se escapar; pero antes fueron muertos algunos dellos, y los otros se salvaron porque aquellos caballeros, con el gran peso de las armas que traían, no los pudieron seguir.

CAPITULO CI.

Cómo el caudillo y flor de Bretaña,
Viendo las llagas de todos seguras,
Se parte á buscar mayores venturas
Do pueda vengar su hambrienta saña;
Y entrada en un valle la santa compañía,
Hallaron la maga llamada Melia,
Y vieron á Frandalo cómo venia
Con otros sesenta por una montaña.

Esto así hecho, conociéronse luego los caballeros, y quitados los yelmos, abrazáronse muchas veces, como aquellos que de todo corazon se amaban. Esplandian les preguntó qué habia sido aquello, y qué ventura allí los habia traído. Elian el Lozano le dijo: «Señor, Trion y Ambor, y dos hijos de Isanjo y yo, rogamos

mucho á Belleriz, que aquí está, que nos guíase á algun lugar donde pudiésemos ganar alguna honra, y por amor nuestro sacónos esta noche que pasó, de Alfarin, y púsonos en la haldá desta montaña, á vista de una villa que en la ribera de la mar asentada está, y desde allí matamos algunos turcos que caminaban á otras partes. Y fuimos en ello tan embebidos, que nunca Belleriz, por cosas que hizo, nos pudo de allí quitar, hasta que de la villa, que Galacia se llamaba, salió mucha compañía de caballeros y peones, tantos, que no los podíamos sufrir; y aunque algunas vueltas sobre ellos dimos, y matamos algunos dellos, en fin nos convino retraer á este lugar, dejando los caballos, que por ellos luego muertos fueron, y así lo fuéramos nosotros, si aquel Señor en cuyo servicio andamos, con vos y esos caballeros no nos socorrieran.— Mis buenos amigos, dijo Esplandian, gran yerro hecistes, pues que á Belleriz por guía lleváades, no seguir su consejo, que provecho vos liciera, aunque á muchas de aquellas muy civiles gentes hubiédeses muerto; que asimesmo fuérades vosotros todos. ¿No se vos acuerda que estamos en parte donde es mayor pérdida de nos que mil de los enemigos? Tomad siempre todas las cosas por razon, sin tentar aquel nuestro muy poderoso Señor, cuyos somos, y seréis dél ayudados y guardados de peligro, porque semejantes milagros que estos no vos verán muchas veces; que, como quiera que todos seamos en el servicio suyo, como decís, no quiere ser él servido sino por el camino de la razon. Y si en otras liviandades nos ponemos, así hallaremos liviana la su ayuda y merced; y porque me parece que estáis muy mal heridos, decendamos abajo, y en una fusta que yo traigo, presto podremos ser donde muy bien remediados seréis.» Y ellos le dijeron: «Señor, no tenemos herida de que mucho mal sintamos; pero hágase lo que mandais.»

Con esto se bajaron de las peñas, y hallaron cómo Sargil y los dos escuderos de Enil y Gandalin tenían por las riendas atados á los árboles todos los mas caballos de los caballeros que habian muerto y desbaratado; y como Belleriz los vido, dijo á Esplandian: «Señor, si en lo pasado algun yerro hubo, no fué á mi cargo; mas por eso no debemos dejar el bien que se nos podria ofrecer en lo por venir. Y pues estos caballeros no son mal heridos, háganse ligar sus heridas como mejor sea, y cabalgando en estos caballos, tornemos á la villa de Galacia, porque seria imposible que no sea salida mas gente en socorro de aquellos que desbaratastes, y podrémos hacer á nuestro salvo mucho daño en ellos.» Esplandian lo tuvo por muy buen consejo, y preguntó á los mismos caballeros si estaban en tal disposicion, que aquello que Belleriz decia pudiesen poner así por obra. Y los caballeros respondieron que sí, y luego se hicieron atar las heridas muy bien, que no eran muchas ni muy grandes, y cabalgando en sus caballos, comenzaron á seguir la vía que Belleriz llevaba. Así anduvieron una pieza por la montaña, hasta entrar en un valle de muy bravas peñas y de muy espesas matas de árboles, y mirando á su diestra, vieron una boca de una cueva, y cabe ella, sentada una cosa que les pareció la mas desemejada cosa que nunca sus

ojos vieron. Y por ver qué cosa sería, apartados del camino que llevaban, subieron todos juntos hácia arriba por entre las matas. Y siendo mas cerca, de manera que muy bien pudieron determinar qué cosa sería, vieron una forma de mujer muy fea, toda cubierta de vello y de sus cabellos, que en el suelo tocaban; su rostro y manos y piés parecían tan arrugados como las raíces de los árboles cuando mas envejecidas y retuertas se muestran; así que, á todo su parecer, carecia de la órden de natura.

Mucho fueron todos ellos maravillados de ver cosa tan extraña; y preguntaron á Belleriz si sabia él por ventura qué cosa sería aquella tan extraña; y él les dijo: «Esta que aquí veis de tan extraña y disforme figura, es una mujer que fué de muy alto linaje y de gran manera, como aquella que por derecha línea viene de la muy esclarecida sangre de los reyes de Persia, y fué hermana de su abuela del gran rey Armato, que por vos, señor Esplandian, en la montaña Defendida fué preso; y como quiera que muy hermosa y en todas cosas muy acabada mujer fuese, nunca le plugo ni consigo pudo acabar de haberse de casar, mas antes se dió á saber todos los lenguajes que alcanzar pudo, y el arte de las estrellas y movimientos de los cielos, y otras muchas y extrañas ciencias, que muy acabadamente por gran discurso de tiempo deprendió; y esta, con su gran saber, muchos años há que ha dicho que en su tiempo se habia de perder este gran señorío de Persia, y mas, que habia de ser señoreado y sojuzgado por gentes extranjeras; y por esta causa mandó hacer aquella cueva que cerca della veis, donde es su habitacion y morada; y despues que á ella se vino, y rompió las vestiduras reales, nunca jamás quiso vestir otras, ni que persona alguna le hablase, y come de las yerbas y raíces dellas; y segun dicen, pasa su edad de mas de ciento y veinte años, y esta dueña puso los pilares de metal dorados que son á la fuente Aventurosa, con aquellas letras que en ellos parecen, donde vos, señor Esplandian, desbaratastes los caballeros y prendistes á la infanta Heliaja, que hasta agora nunca por alguno pudieron ser entendidas.»

Esplandian dijo: «Ciertó, Belleriz, mi amigo, vos habeis hablado de persona muy extraña, y querria saber qué es lo que hace dentro de la cueva.— Eso, Señor, dijo él, no hay quien alcance á saberlo; pero todos creen que, como consigo metió muy gran número de libros, que con ellos pasará su tiempo.— Pues veamos, dijo Esplandian, cómo no entran algunos dentro por ver lo que hace?— Señor, dijo él, ya lo probaron en el tiempo pasado algunos, pero salieron fuera tan maltratados, que por ninguna manera pasaron de seis pasos adelante.— Pues lleguemos mas cerca, dijo Esplandian, y preguntarle hemos en nuestro lenguaje algunas cosas.» Entonces fuéronse hácia ella, y no anduvieron mucho cuando se levantó de la peña donde estaba asentada, y dijo: «Caballero, por mas de ochenta años antes que naciese supe yo tu venida á la tierra, y por tu causa hago no de ser tu captiva.» Y diciendo esto, metióse dentro en la cueva, sin que mas la pudiese ver. Los caballeros tornaron al camino que dejaron, siguiendo la vía

de Belleriz; y no anduvieron mucho cuando vieron venir por otro valle de aquella montaña una batalla de caballeros muy bien armados, de tales armas, que resplandecían, y á su parecer serían en número de hasta sesenta.

Esplandian acordó que Belleriz y Enil, lo mas encubierto que pudiesen llegasen hácia ellos y tomasen aviso alguno, porque ellos supiesen qué sería bueno de hacer en el tal caso. Estos dos caballeros, metiéndose por lo mas espeso de lo llano, á poco rato dieron sobre ellos, que por lo hondo del valle iban, y víéronlos ir tras una seña con una cruz bermeja. Así que, luego conocieron ser de los caballeros que en la villa de Alfarin quedaron, y asimismo conocieron á aquel fuerte Frandalo, que muy ricas y hermosas armas llevaba, yendo delante de todos por guía; y sin se llegar á ellos, tornaron presto con gran gozo y alegría para lo decir á Esplandian, y como lo oyó, se fué luego para ellos. Y siendo ya á vista unos de otros, Frandalo creyendo que fuesen compañía de enemigos, aderezaron para dar en ellos; mas Esplandian, haciendo quedar á los suyos, fué él solo al mas andar de su caballo contra ellos, de que fueron muy maravillados; pero luego fué conocido de todos. Y Frandalo descendió de su caballo, y á pié se fué á él, y tomándole las manos, aunque armadas eran, se las besó muchas veces; y Esplandian le tenía abrazado, abajándose sobre la cerviz del caballo. En esto llegaron los caballeros con tanta alegría, que sus ojos eran llenos de lágrimas de placer, y todos le saludaron con mucho amor, y llamando á los otros caballeros, que arredrados eran, se juntaron. ¿Quién vos podría contar la buenaventura en que estaban, viéndose de aquella manera juntos con aquel bienaventurado caballero, que por sus grandes virtudes y católica discreción, tanto y mas que por la valentía, era de todos amado y querido, como de sus propios corazones y vidas amaban?

CAPITULO CII.

Cómo Esplandian y el fuerte Frandalo, con los otros caballeros, ganaron á los turcos la villa de Galacia, y cómo el autor vuelve la habla á los reyes y príncipes y grandes señores que gobernación de cristianos tienen.

Así estando juntos, como ois, preguntóles Esplandian que por qué causa salieron de la villa de Alfarin, y asimismo les contó lo que á ellos les acaeció, y cómo iban por el consejo de Belleriz á ver si podrían tomar algunos de la villa que en socorro de los suyos saliesen. Frandalo dijo: «Señor yo supe esta mañana cómo Belleriz, mi sobrino, salió de noche con esos caballeros mancebos, con deseo de hacer alguna cosa señalada, y porque algun revés no les viniese, por ser toda la tierra de enemigos, rogué á vuestro tío Norandel que á mí y á estos caballeros diese licencia, y él con otros quedase en guarda de la villa. Y como quiera que él quisiera hacer este viaje, viéndose tan necesaria aquella guarda, otorgó lo que yo quería, teniéndolo por bueno; así que, por esto fué nuestra venida, como veis. Pero, pues los veo fuera de peligro, y á vos, mi señor, con ellos, á quien yo tanto ver deseaba, y la buenaventura y dicha que siempre vuestra presencia nos ofrece, razon es que no volvamos á nuestra posada sin que, con el ayuda de

Dios y vuestra le hagamos algun servicio. Y para que esto en efecto venga, yo tengo por buen consejo el de mi sobrino Belleriz, y pongámonos en parte que yo vos guiaré donde á nuestro salvo podremos ver la gente que de la villa de Galacia sale en socorro de los suyos, y como el caso viéremos, así tomaremos el acuerdo.» Todos fueron otorgados en esta razon de Frandalo, y guiando él, comenzaron á seguir su viaje.

Pues así fueron por lo mas encubierto de la montaña, hasta ser ya cerca de la villa, llevando delante sí alguna pieza á Belleriz, sobrino de Frandalo, y á Enil; los cuales, asomando entre unas espesas matas á la vista del lugar, vieron cómo era salida gran gente de pié, llevando la vía que sus caballeros y peones habían llevado, lo cual fué dicho luego á Esplandian y á los caballeros que con él iban. Cuando por Frandalo fué oído dijo: «Señores, agora vos digo que, si por gran desdicha no se pierde, que no ternia en mucho que la villa ganásemos; y dejemos aquella gente que se aparte bien, y en ellos trasponiendo alguna cuesta, seguidme; que el muy alto Señor es con nosotros y en nuestra ayuda.» Con esto, y con mucho esfuerzo y placer de sus ánimos, se llegaron mas adelante, y viendo la gente que iban mal ordenados, como la de los pueblos hacer suelen, y que si dellos acometidos fuesen, creían hacerles mucho daño, tuvieron por mejor lo que Frandalo les dijo. Y como la gente fué tras un gran recuesto, y metida por la montaña, Frandalo, dando una alta voz y diciendo: «Seguidme, caballeros,» puso las espuelas lo mas recio que pudo á su caballo, y fué para la puerta de la villa, que abierta estaba, y alguna gente menuda de hombres y mujeres que habían salido por ver la gente cómo iba; estos que digo, cuando vieron los caballeros, quisieron cerrar las puertas, mas ellos llegaron tan presto y tan recios, que no lo pudieron hacer, antes comenzaron á huir, dando grandes voces, por las calles.

Esplandian, que delante iba, entró por la puerta, y Frandalo con él, y tras ellos todos los otros; y descabalgando de sus caballos, tomaron algunos dellos las torres de sobre la puerta; los otros, con grande esfuerzo, entraron por las calles por pelear con los que al encuentro les viniesen, dejando las puertas cerradas, y algunos dellos que las guardasen. Pero no hallaron defensa alguna que resistir pudiese, sino de mujeres y niños, y de algunos hombres que no eran para armas tomar; que no temiendo lo que fué, todos habían salido, así como arriba os contamos, en socorro de los suyos, que mucho tardaban.

Cuando así los de la villa se vieron perdidos, subieron algunos en las torres dando muy grandes alaridos; de manera que, aunque los suyos asaz léjos iban, fué por ellos oído; y no sabiendo qué podía ser, enviaron algunos de caballo que supiesen qué era aquello; los cuales, allí llegados, supieron luego cómo los cristianos eran dentro en el lugar, y que no había quien resistir les pudiese, y lo mas presto que pudieron lo hicieron saber á los suyos. Cuando esto oyeron, comenzaron todos entre sí un gran llanto, maldiciendo su ventura y el día en que nacieron, y no sabían qué hacer de sí. Mas había entre ellos un caballero en asaz edad crecido, que así por

EXCLAMACION DEL AUTOR.

su linaje como riquezas abastado era; todos le tenían gran acatamiento y reverencia; este les dijo: «Amigos, no lloreis, que con ello poco ó nada se cobrará de lo que perdido es; esforzad vuestros corazones, y vamos contra aquella vil gente, con intencion de morir ó cobrar nuestras mujeres y hijos y haciendas; que mas penosa nos será la vida viéndolos en captiverio de aquellos que por razon deberian nuestros captivos ser.»

Cuando esto oyeron, allegáronse todos en derredor dél, y dijeron á grandes voces: «Señor, morir queremos todos, guiadnos y mandadnos, que hasta la muerte cumpliremos tu mandado.—Pues agora vamos,» dijo el caballero. Entonces se fueron contra la villa con gran esfuerzo, mas á aquellos que la tenían no los hallaron sin él, ni sin el recaudo que para la defender era necesario; antes ya habían tomado todas las torres de la cerca, poniendo en ellas los que las defendiesen. Y Esplandian y el fuerte Frandalo, y Enil y Gandalin, y Elian el Lozano y Trion, y otros diez caballeros con ellos, bajáronse á la puerta de la villa por donde habían entrado, que no había en la villa otra que tanta guarda requiriese, porque otra que era á la parte de la mar no se mandaba sino con fustas por el agua; y abriendo las puertas, se pusieron juntos contra sus enemigos, que como canes rabiosos regañando los dientes, con grandes voces venían contra ellos; así que, desde juntos fueron unos contra otros, pasó entre ellos la mas cruda y espantable batalla que de tan poca gente se pudiera ver; porque los de fuera, con aquella lástima y gran rabia, sin ningún temor de la muerte, se metían por las agudas lanzas y espadas, y como pocas armas traían, sin mucho empacho de los contrarios, que muy poco dudaban su soberbia y fuerzas, eran muertos. ¿Qué vos diré? Que tanto duró la porfía y la matanza, que con la muchedumbre de los muertos ya no podían llegar unos á otros.

Pues por las otras partes no era menos el combate, aunque el esfuerzo con gran locura se mezclase, que la gente, pasando la honda cava, llegaban al muro abrazándose con los cantos de la cerca, como hombres desatinados, sin que dello otro fruto sacasen, porque entre ellos no había escalas ni picos, ni otros ningunos artificios de aquellos que para el semejante combate necesarios eran. Mas pasada aquella gran furia, quitáronse afuera, porque los de encima del muro los mataban y lisiaban con grandes piedras. Desta manera que ois, duró aquel desvariado combate mas de tres horas, hasta que la noche vino, que los de dentro, muy cansados de matar hombres, sin que daño alguno recibiesen, cerrando sus puertas, se recogieron en la villa, donde hallaron muchas viandas y grandes riquezas, y los de fuera, teniéndose los vivos que quedaron por mas muertos que los que murieron, segun el gran daño y desventura en que estaban, habiendo perdido las mujeres, hijos, haciendas, y en la pelea sus naturales y parientes, sin esperanza alguna de lo cobrar, acordaron de se recoger á la montaña, no con voluntad de volver á la lid, mas de lo hacer saber al infante Alforaj, su señor, para que lo remediasse.

Así pasaron aquella noche, los unos con gran gozo de sus ánimos, por la buena dicha y ventura que el su Señor les dió, y los otros con aquella tristura, con aquella amarga desventura que oído habeis; como lo pasan hasta el día de hoy muchos pueblos cristianos que á aquel gran señorío de Persia son vecinos, siendo sojuzgados ó captivos, muertos, robados de aquellos infieles, haciéndoles renegar de la fe católica, haciéndoles adorar aquella burla y falsa ley, forzándoles las mujeres y hijas, y aun hijos, aquellos que ley ninguna tienen; haciéndoles sus pecheros, no les consintiendo usar de aquella santa ley que en el bautismo prometieron, con otras muchas feas traiciones y maldades que por los ver captivos, apremiados, sojuzgados, acometen. Y ¡que aquellos reyes, aquellos príncipes y grandes señores que la cristiandad señorean y mandan, no tomen cuidado de tal desventura, ni se les acuerde de emplear sus tesoros, sus muchas compañías de gentes en tal remedio; antes olvidando aquello á que tan obligados son, no piensen ni se desvelen sino en señorearse sobre aquellos reyes y grandes que menos que ellos pueden; deseando con grande afición echarlos de sus señoríos forzosamente para se los robar, creyendo con aquello, creciendo en sus estados, satisfacer sus codicias, no pensando ni se acordando de la santa ley de Jesucristo, cuyo nombre tienen y cuyas doctrinas han de seguir, como él las siguió; mas robando, quemando y destruyendo lo de sus prójimos, que como para sí el bien les habían de desear, por aquel mandamiento del muy alto Señor, no curando de otra ley de orden, sino aquella que su pasión les acusa y levanta; perdiendo el sueño, el comer y reposo, por la satisfacer, y dan lugar á que muchos inocentes sean muertos y destruidos! Por cierto con mucha razon á los nuestros muy católicos rey y reina desta cuenta podemos sacar; porque no solamente, con grande trabajo y fatiga de sus espíritus, pusieron remedio en estos reinos de Castilla y Leon, hallándolos robados, quemados, despedazados, destruidos y repartidos, en disposición de se levantar en ellos muchos reyes, por donde para siempre fueran en captiverio y en desaventurada sujecion; mas no cansando con sus personas, no retiniendo sus tesoros, echaron del otro cabo de las mares aquellos infieles que tantos años el reino de Granada tomado y usurpado, contra toda ley y justicia, tuvieron. Y no contentos con esto, limpiaron de aquella sucia lepra, de aquella malvada herejía que en sus reinos sembrada por muchos años estaba, así de los visibles como de los invisibles, con otras muchas obras católicas que por ellos son hechas y ordenadas.

Pues si estos tales reyes y grandes hombres que antes dije, por escudo y amparo de sus yerros, tener para ello justicia publicaren, y que por sus manos deben ser satisfechos, luego no sería menester el nuestro Santo Padre, ni la muchedumbre de los reyes y grandes señores, ni las leyes divinas y humanas; los cuales, siendo requeridos por aquellos así agraviados, acudirían en su auxilio, y si no lo fuesen, convidáranlos ellos, como obra católica, trabajando con todas sus fuerzas que la justicia se guardase, acordándose de las movibles co-

CAPITULO CIV.

Cómo Esplandian envió á demandar al Emperador gente para sostener aquellas villas que habia ganado, enviándole muy ricas joyas, y á la Infanta muchos captivos, y de la respuesta que de todo le enviaron.

Esplandian y los caballeros que en la villa de Galacia estaban, viendo cómo sus enemigos se fueron de la montaña, no temiendo por entonces alguna afrenta, juntáronse todos para tener consejo de lo que harían; y pensando en sí muchas cosas, determináronse en que Gandalin se fuese al emperador de Constantinopla en la fusta que á Esplandian allí habia llevado, y en otras dos que los de la villa en el puerto tenían, y que llevase todas las joyas mas ricas que allí se hallasen al Emperador, y todas las doncellas y mozas y niños que ya no mamaban, á la infanta Leonorina, y demandase gente para que aquellas villas que habian ganado no se tornasen, por falta della, á perder, y esto que se hiciese lo mas presto que pudiese ser; y luego con gran diligencia se puso por obra, de manera que la riqueza pareció tan grande, que era maravilla de la ver; y de la gente que dije, se halló por número ser mas de mil y quinientas personas, lo cual fué luego puesto en las fustas, y con hombres que mucho de aquello sabian partió Gandalin del puerto, y sin ningun contraste llegó á aquella gran ciudad de Constantinopla; y salido de la mar, se fué al palacio del Emperador, donde le halló con la Emperatriz y con la hermosa Leonorina, su hija, acompañado de muchos altos hombres.

Cuando el Emperador le vido, luego le conoció, y dijo: «Gandalin, amigo, ¿qué venida es esta?» Y él hincó las rodillas en tierra y besóle las manos, y dijo: «Señor, Esplandian y los caballeros que con él están envían por mí á vuestra grandeza parte de su caza que en la villa de Galacia hallaron, despues que por ellos fué ganada; y esto es todas las joyas de oro y de plata, piedras y perlas, que en gran número, en una de aquellas naves que en el puerto dejo, quedan.» Y volviéndose hácia Leonorina, dijo: «Señora, aquel vuestro caballero os envía en servicio hasta mil y quinientas doncellas, y otras mozas de menos suerte, y niños y niñas, que sin sus madres se pueden bien criar.» Leonorina le dijo: «Gandalin amigo, ese vuestro señor mas me parece que es suyo que mio, porque no curando del mandamiento de su padre, ni de lo que yo le envié á mandar, que luego se viniese al Emperador, mi señor, anda huyendo como si algun engaño se le ofreciese; y si á gran descortesía no me fuera imputado, no tomara ninguna cosa desto que me envía.»

El Emperador le dijo riendo: «¿Cómo, hija! ¿todavía dura vuestra saña contra el mejor caballero del mundo, que tanto vos desea servir, y así lo pone por la obra?—Señor, dijo ella, yo no dudó que su esfuerzo y valentía no sea igual á la de su padre, pero cierto creo que ni él ni cuantos viven no se le igualen en crianza y gentileza.» Gandalin le dijo: «Señora, si Esplandian, mi señor, no viene á os servir en presencia, no lo debe causar sino el no haber él hecho tantos servicios, que las grandes mercedes que aquí le fuesen hechas, fuese ya él digno y merecedor de las recibir; y pues que este tal camino va fuera de la voluntad vuestra, él verná en

tornando yo de aquí, si alguna muy grande afrenta no se lo estorba.—Gandalin, dijo Leonorina, no penseis que de su vista tengo yo mucho cuidado; mas como yo haya visto el grande amor que el Emperador, mi señor, á su padre tenga, y por causa dél á este su hijo, pareceme que hace descortesía en no le ver, y quitar aquella promesa que el caballero de la Verde Espada nos dejó.» Así se razonaba esta hermosa princesa con Gandalin, encendiendo aquel muy ferviente amor que su tierno corazon en sí sostenía, y declarando su voluntad con sañosas palabras, porque sabidas por aquel que mas que á sí amaba, se le acordase cómo le mandó en presencia que, partido de allí, volviese luego á la corte del Emperador, su padre. Gandalin demandó al Emperador gente para sostener aquellas villas que por suyas estaban. El Emperador le dijo: «Eso yo lo mandaré luego remediar; que mi almirante partirá con muy gran flota, y llevará la gente y toda la mas provision que ser pudiere; y decidle á Esplandian y á esos caballeros que con él están, que esas joyas y grandes riquezas que me envían, que yo las mandaré guardar con las otras que me enviaron de la villa de Alfarin, no por mías, mas por suyas dellos, con otras muchas de las que yo tengo, de las cuales les haré merced; que aunque por el presente las tengan en poco, por tener en mucho las armas y caballos, que tiempo vendrá que las habrán menester, cuando ya la edad les fuere agravando.»

CAPITULO CV.

Del rico presente de extraño valor
Que, siendo ganada la fuerte Galacia,
Envía, do espera mercedes y gracia,
A Constantinopla el gran vencedor;
Y cómo, tomadas del Emperador
Las mas ricas joyas despues de las vivas,
Los niños y dueñas que vienen captivos
Recibe la hija con sobra de amor.

Esto así hecho, el Emperador mandó tomar aquellas joyas de la fusta, y que con las otras las guardasen; y Gandalin, desque las hubo entregado, tomó consigo todas las doncellas y las otras mujeres, y los niños y niñas, y salido de la mar, entró por la gran calle de la ciudad, llevándolos ante sí. La gente se llegó tanta por los ver, que era una gran maravilla. Allí eran las bendiciones, las alabanzas por ellos dichas de Esplandian, poniendo sus loores hasta el cielo; allí decían todos: «Este caballero es la flor del mundo, este es el cabo de las armas, este merece ser obedecido de todos aquellos que las traen; á este se debe dar la entera gloria, pues que en esfuerzo, en crianza, y en cortesía y en santidad á todos los del mundo precede.»

Pues así como habeis oido, llegó Gandalin al gran palacio, y se fué donde la Princesa estaba, y llegando en su presencia, hincadas las rodillas, y toda aquella compañía, le entregó aquel tan rico presente. La Infanta, como quiera que no lo mostrase en se ver señora de tal caballero, de quien todos publicaban que merecía ser señor del mundo, su corazon fué con la dicha alegría tan tierno, que, como una fuente, de sí lanzaba lágrimas; que por mucho que con su gran discrecion trabajó de las resistir, todavía llegaron á que sus muy

hermosos ojos dellas fueron llenos; y llegándose á Gandalin, conociendo que este desde su nacimiento siempre fué muy leal á su señor Amadís, y que así lo sería á su hijo Esplandian, díjole paso, que ninguno lo oyese: «Mi amigo Gandalin, decid á vuestro señor que todas las cosas, de cualquier calidad que sean, que en mi presencia manda poner, son para mí causa de mayor tristeza y soledad, no viendo su persona.» Gandalin, que la miraba como aquel que tan sábio era en los semejantes autos, como muchos otros tales habia visto en Oriana, que desta semejante pasión herida era, conoció que esta Princesa, estando fuera de su libertad, su corazon tenia captivado, y dijo: «Hermosa señora, besando yo vuestras manos, no queda qué responder pueda, sino con aquello que vuestra grandeza conozco que mas servida será.» Entonces aquella hermosa señora mandó á su mayordomo mayor, principe de Brandalia, que hiciese guardar aquella gente hasta que por ella fuese determinado lo que dellos se haria.

CAPITULO CVI.

Cómo Tartario, almirante del Emperador, con mil y quinientos hombres armados en su gran flota, entró en el puerto de Galacia, en socorro de Esplandian y de los otros caballeros que allí estaban.

El Emperador mandó llamar á Tartario, su almirante, que por ser natural de Tartaria habia este nombre; y como quiera que de su nacimiento no subiese á grande estado, su sabiduría en el arte de la mar era tan crecida, que por causa della fué puesto en tan grande honra como ser almirante de un tan grande emperador; y mandóle que luego sin tardar forneciese su flota de todas aquellas provisiones que llevar pudiese, y de número de gente de hasta mil y quinientos hombres muy bien armados, y que luego en ella entrase y fuese donde Gandalin le guiasse, y hiciese dello lo que por Esplandian mandado le fuese. Este almirante, así por cumplir el mandado de su señor, como porque de su natural no descansaba sino en semejantes viajes, lo mas presto que él pudo puso en obra aquello que convenia; lo cual aparejado, tomando consigo á Gandalin, que ya del Emperador despedido era, se metió en la mar con próspero viento; así que, en cuatro dias fueron llegados en el puerto de la villa de Galacia, donde por Esplandian y por aquellos caballeros que los atendían fueron con gran placer acogidos, considerando que teniendo aquella gente cargo de guardar aquellas villas, podían ellos salir sin recelo á servir á Dios y á satisfacer sus voluntades, dando contentamiento á sus fuertes y bravos corazones.

CAPITULO CVII.

Cómo ordenó los mil y quinientos
Que trajo Tartario, Frandalo el fuerte,
Partidos do mas recelan la muerte
Las vidas, y esperan dudosos encuentros;
Y cómo con sonos de mil instrumentos
Y guisas extrañas, que espantan la gente,
La fusta llamada la Grande Serpiente
Arriba en el puerto sin fuerza de vientos.

Pues llegada esta gran flota como se os cuenta, luego, por el consejo del fuerte Frandalo, fué la gente y pro-

visiones repartidas en cada una de aquellas villas, según la ciudad y necesidad lo requiera, y quedaron todos aquellos caballeros libres y exentos para hacer de sí aquello que mas servicio del mas alto Señor fuese; mas cuando por Esplandian fué oído lo que Gandalin le dijo de parte de su muy amada señora, determinóse, habiendo gran temor de le dar enojo, dejando aquella conquista en que tanto su ánimo gozo y placer sentia, de se quitar aquella que muy presto, no habiendo remedio, á la cruel muerte le podría llegar; y pensando consigo en qué manera aquella ida mejor se hiciese, aquel muy alto y poderoso Señor, de quien él siervo y servidor era, puso tal remedio, que con mas gloria y mas placer que pensaba se diese fin en aquel viaje, y esto fué, que una mañana, al romper del alba, llegó á aquel puerto de Galacia la fusta de la Gran Serpiente, que ante la montaña Defendida hasta entonces habia quedado, con trompas y instrumentos de muchas maneras, y tan acordados, que no parecia sino que los ángeles del cielo lo obraban. En ella venian pendones de seda labrados con oro, y velas muy grandes de ricos paños, y otras muchas y muy nobles cosas que á un gran emperador satisfacer pudieran. El armonía de los cantos era tan dulce, que no habia hombre que della partirse pudiese; parecian encima de las grandes alas de aquella serpiente doncellas con muy ricos atavíos. ¿Qué os diré, sino que hasta entonces, nunca por ninguno de los mortales otra tan extraña ni tan hermosa cosa verse pudo?

CAPÍTULO CVIII.

De cómo Esplandian y los otros caballeros entraron en la fusta de la Gran Serpiente, con mucho deseo de ver á Urganda la Desconocida, la cual, despues de haberles hablado acerca de muchas cosas, á la villa de Galacia se salió con ellos.

Cuando por aquellos caballeros fué oído aquel grande estruendo y ruido de las trompas, salieron de sus lechos donde estaban acostados, y á grande priesa demandaban sus armas, pensando que alguna gran gente de los turcos venia sobre ellos; mas luego fueron avisados por aquellos que en el muro velaban de noche, diciéndoles que no se temiesen de afrenta alguna, antes las nuevas que les traían eran de todo su placer, que supiesen que la gran fusta de la Serpiente, de Esplandian, era llegada al puerto, y que, según el aparejo de trompas y otros muchos instrumentos muy dulces, que doncellas muy ricamente ataviadas tocaban y con ellos cantaban, no podia venir en ella sino alguna compañía que los amaba mucho. Cuando Esplandian esto oyó, fué muy alegre y dijo: «Ciertamente creo yo que decis verdad, y vamos luego á saber qué será esto; aunque yo creído tengo que es aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, que á otro ninguno fuera otorgado tal poder, que la mi fusta sojuzgar pudiera.» Entonces se vistieron todos, y recogidos en la posada de Esplandian, se fueron con él á la mar, donde vieron la gran fusta, y aquellos tan dulces cantos que en ella se mostraban. Así que, entrando en las naves que allí eran, en ellas se fueron á lo mas hondo de la mar, y se juntaron con ella, donde hallaron á Urganda á la puerta del costado, por donde se mandaba, que les dijo: «Mis

buenos señores, veníos para mí, que aquí en esta fusta serpentina os quiero ver y hablar.»

Talanque y Maneli el Mesurado, y sus criados, con el grandísimo deseo que tenían de la hablar, fueron los primeros que en ella entraron, y hincadas las rodillas, le besaron las manos muchas veces; ella los abrazaba y besaba, cayéndole las lágrimas de los ojos. Esplandian entró luego, y como Urganda lo vió, hincó las rodillas ante él, y dijo: «Bienaventurado caballero, dame esas manos que las bese, que aun yo espero haber de tí algun tiempo grandes mercedes.» Él hubo vergüenza de así la ver, y dijo: «Mi buena señora, vos sois aquella que las mercedes puede hacer, y yo que delante vos me debo humillar, según las que hasta aquí de vuestra parte he recibido, y levántaos, mi señora; que no es razon que persona de tanto valor y de tanta discrecion haga tanto acatamiento á ninguno, aunque fuese señor del mundo.—; Oh caballero! dijo Urganda, aunque con todos los príncipes del mundo alguna templanza yo tuviese en las cerimonias, no la terné contigo, no tanto por el tu grande estado, como por te ver tan encendido en el servicio del Señor de la verdad; que el que desta excelente y católica obra carece, en ninguna otra, por grande que sea, puede con ninguna gloria permanecer.» Y levantándose en pié, habló con grande amor á todos los otros caballeros, y volviéndose á Esplandian, le dijo: «Bienaventurado caballero, según las cosas se van aparejando, que por el presente aun están ocultas, á tí y á todos estos caballeros conviene que, sin otra tardanza alguna, porque la tu voluntad y ajena satisfechas sean, vayais á aquella gran corte del emperador de Constantinopla, que á todos vosotros mucho ama; porque si en esta sazón no se hiciese, en ningun otro tiempo, sin muy grande afrenta de muertes y peligros, se podría hacer, y demás de ser mi voluntad otorgada en que en vuestra compañía yo haga este viaje, iréis armado de las armas que aquí os traigo, de una devisa conformes, porque mas apuestos y hermosos seais allí representados; y cuando aquellas vistas allí de grande alegría y deleite pasen, habréis otras de mucho cuidado y de mucho dolor y amargura, que durarán hasta que la movible rueda de la fortuna, pasando aquella vuelta á lo bajo, haga parecer otra en lo alto, que al contrario della por todos será vista; pero antes que de aquí la gran fusta de la Serpiente con nosotros parta, quiero entrar en la villa y ver algo desta tierra, que, según mis artes demuestran, en ella me ha de venir una grande afrenta, que hasta agora no he podido saber en qué manera será, de la cual he querido huir con todas mis fuerzas; mas la fortuna, guiadora de las semejantes cosas, como á lo mio proceda, no me da lugar; así que, me conviene pasar, á mal de mi grado, por aquella ley que sobre mí ordenada tiene.— Mi buena señora, dijo Esplandian, no temais; que si no es la ira del verdadero Señor, que á esto ningun remedio, si el suyo no, se puede poner; pero de allí no os puede venir cosa contraria, que antes no perdamos las vidas todos estos vuestros caballeros que aquí somos; y si os placiere, avisadnos antes, porque mas presto el remedio pongamos.— Mi señor, dijo ella, lo que yo hallo es, que tengo de ser presa de un muy

grande mi enemigo, mas con toda mi sabiduría, no puedo saber quién sea ni dónde.—Pues en eso, dijo Esplandian, con ayuda del verdadero Señor, por nosotros será puesto tal recaudo, que el peligro vuestro será muy liviano.—Agora nos vamos, dijo ella, á la villa, y queden en esta fusta mis doncellas y mis enanos, y enviad luego por Norandel; que no es razon que sin compañía de tan buen caballero se haga esta jornada; que á vuestro grande amigo el rey de Dacia yo os lo traigo, que le hallé herido de una batalla que hubo con Garlande, el señor de la isla Calafera, porque le quería tomar dos doncellas que consigo en su barca traía; mas el Rey, como buen caballero, peleó con él, y aunque con gran peligro de su vida, á la postre, teniéndole vencido para le cortar la cabeza, pidióle merced que le diese la vida; el Rey perdonóle, y le hizo jurar que nunca tratase la caballería sino por aquel camino que ella mandaba. A esta sazón pasaba yo por aquella isla, y tomando al Rey, lo traje conmigo hasta lo meter en esta gran fusta.—A Dios gracias, dijo Esplandian, con tan buenas nuevas como, Señora, vos nos dais, que cierto siempre he traído mi corazón quebrantado, pensando que por alguna mala ventura lo habia perdido, sin me quedar remedio de lo cobrar; vámosle á ver, que mucho lo deseo.»

Estando en esto, eran ya todos los caballeros dentro de aquella gran nave serpentina, y juntos entraron en una muy rica cámara, donde el Rey en un lecho estaba acostado, que así ellos como él en se ver hubieron gran placer; mas sobre todos Esplandian, que como á sí lo amaba, abrazándole muchas veces, viniendo las lágrimas á sus ojos en le hallar así herido, sin que él tomase parte de aquella afrenta. Urganda les dijo: «Buenos señores, pues que el Rey está á buen recaudo, dejadle, y vámonos á la villa.» Esto se hizo luego, que tomándola en sus fustas, sin otra alguna compañía, sino la doncella Carmela, de Esplandian, se pasaron al lugar donde Urganda fué aposentada, en la posada de Esplandian y del fuerte Frandalo; allí fué servida con tanto amor y aparejo, como se pudiera hacer á la noble reina Brisena.

CAPÍTULO CIX.

Cómo el magnánimo y fuerte varón,
Moviéndole á ello virtud y manciella,
Delibra la gente comun de la villa,
Siguiendo el ejemplo del gran Scipion;
Y cómo con sobra de mucha afecion
Los lleva Carmela á la gran Tesifante,
Allí donde mas reside el Infante
Y toda la pérñida y rica nacion.

Pasada aquella noche, otro dia Esplandian hizo juntar en su posada, por ser allí Urganda, todos aquellos caballeros, á los cuales habló en esta manera: «Mis buenos señores, ya habeis visto cómo, por la bondad y misericordia de Dios, fué por vos ganada esta villa, sin que en ello pensásemos ni peligro de nuestras personas hubiésemos, y asimesmo cómo de las riquezas suyas y personas que para servir aparejadas eran, habeis dispuesto, como la razon os obligaba; agora os queda tomar consejo en lo restante. Aquí quedan muchas mujeres casadas, y niños á sus tetas, y otras gentes que por

su gran vejez son de poco valor; pues estas tales, querer que por el trago de la gran muerte pasen, cierto, á mi ver, gran cruera conocida seria; pues pensar de las vender, á nosotros poco satisface el interese; que, según la condicion suya, si con él nos juntásemos, muy arredrados seriamos de aquello que la virtud nos obliga; pues pensar de las querer guardar para nuestro servicio, esto ternia yo por el mas peligroso, no tan solamente en aquello que en honra toca, mas en nuestras conciencias, según que de lo tal á nuestras ánimas grande inconveniente se nos seguiria. Así que, trayendo á nuestras memorias algunas cosas de los que vencedores fueron en las grandes conquistas, que las unas muy virtuosas, y las otras al contrario dellas, hasta este nuestro tiempo por ejemplo nos quedaron, sigamos aquellas que por magnificencia y virtud los grandes sabidores en sus escrituras dejar quisieron. Por cierto, mucho mas loado debe ser lo que aquel gran Scipion Africano, siguiendo la magnanimidad y excelencia de su corazón, con la doncella de alto lugar y muy crecida en hermosura hizo, restituyéndola á su esposo, habiéndola guardado como si fuera su hija, que aquello de que el rey deste imperio de Persia obró con el emperador de Constantinopla; que habiéndole vencido y preso en el campo, le hacia poner las palmas y rodillas en el suelo, y subiéndose con gran soberbia de su corazón, cabalgaba en él; de que la fortuna, arrepentida de haber dado tanta gloria á quien no la conocia, muy presto la pena dello le fué dada (1). Por donde, remitiéndome á vuestro parecer, tengo por bien que el malo os sea manifesto, que es que todas estas dueñas con sus hijos, y las otras que maridos tienen, á ellos les sean restituidas, y con ellas vayan los hombres á que la grande edad del mundo casi los tiene despedidos; porque por la una parte será á virtud reputado, y por la otra, si el Señor del mundo, cuyos siervos somos, tiene permitido que este gran señorío para su santo servicio hayamos de ganar, que cuanta mas generacion en él se hallare, tanto mas la gloria nuestra será crecida.»

Como aquellos caballeros estuviesen convertidos en la propia virtud, y como ramo della juzgasen ser aquella habla de Esplandian, todos dijeron que tenían por bien que por aquella manera se hiciese. Entonces dijo Carmela: «Señor, si á vuestra merced place y á estos caballeros, yo iré con esta gente, y de vuestra parte y suya los presentaré á la infanta Heliaja.» Mucho placer hubieron todos de lo que la doncella dijo, y así lo otorgaron; y luego, sin mas tardar, mandó Urganda sacar de la gran fusta un muy hermoso palafren ricamente ataviado, y unos paños de su persona, guarnecidos de muchas y muy ricas piedras de gran valor; y vestida la doncella y puesta en el palafren, fué por aquellos señores dada licencia á todos y á todas las personas que en la villa quedaron, para que seguramente con ella se fuesen á aquella gran ciudad de Tesifante, donde á sus maridos serian entregadas; y por ellas oído, alzadas las manos al cielo, siguiendo la su

(1) Alude aquí el autor á Bayazid ó Bayaceto, emperador de los turcos, á quien Timur Lenk (el cojo), por otro nombre Tamerlan, hizo prisionero en una batalla y trató de la manera que aquí se expresa.

errada secta, á sus dioses dieron gracias; y tomando sus niños, y los mas ancianos algunas bestias de poco valor que allí se hallaron, salieron tras la doncella, siguiendo el camino que les era señalado.

Mas dejémosla con su compañía, porque la historia cuenta lo que en este medio tiempo aconteció.

CAPITULO CX.

De la graciosa y cruda pelea
Que ambas las magas á manos hacian,
Donde las niñas por armas suplian,
Cuando Medea topó con Medea;
Y aunque la una sus artes rodea,
Recibe con ellas rabiosos dolores,
Y cesan sus artes con artes mayores,
Hasta que llega la espada circea.

Así fué, que hablando Esplandian con Urganda en cosas de placer, le hizo memoria de la mujer que á la boca de la cueva vieron, diciéndole su extraña figura, y cómo toda era cubierta de vello y de sus cabellos, que, segun le habia dicho Belleriz, pasaba de ciento y veinte años, de que eran grandes testigos su muy viejo rostro y las ñudosas manos, que lo uno y lo otro era ya convertido en semejanza de raíces de árboles. «¡Santa María! dijo Urganda, ¡qué gran tiempo há que me dijeron desta mujer, de quien yo muy gran deseo siempre he tenido de la ver! Ya os habrán dicho cómo esta fué infanta muy hermosa, y se llama Melia, y fué tan entendida en el arte de las estrellas, que por ellas alcanzó á saber muy grandes cosas; y despreciando el mundo, se quiso poner en aquella cueva. Y como yo haya tenido la memoria en otras ocupaciones, y me hallase muy léjos desta tierra, no pudo venir en efeto mi deseo de la poder hablar.» Esplandian, que gran voluntad tenia si por alguna manera tan extraña mujer cobrar se pudiese, díjole: «Mi señora, si á vos place, todos aguardaremos para que la veais, que muy cerca de aquí se hallará; que en esto por razon no se aventura ningun peligro.—Por cierto, mi señor, aunque se aventurase, tengo por bien que así se haga.»

Pues armándose todos aquellos caballeros, que serian de los escogidos mas de sesenta, con otros algunos de sus servidores, que por ser la guerra con infieles los tenían proveidos de armas, tomaron á Urganda consigo, y á poco rato llegaron donde la cueva era, á la boca de la cual estaba asentada aquella infanta Melia. Urganda les dijo: «Quedad vosotros, y yo me llegaré á la hablar;» y pasando adelante, siendo tan cerca que oírta podía, dijo: «Infanta, ¿querrás hablar conmigo, pues que así como tú yo soy mujer?—¿Quién eres? dijo ella.—Soy Urganda la Desconocida, que gran tiempo há que te deseaba ver.—¿Tú eres, dijo ella, la que en gran sabiduría á todos los que en el mundo son precedes y sobras? Cierto, pues aun yo no estaba de menos voluntad de te conocer; y si por bien lo tuvieses, descabalgas del palafren, y siéntate aquí conmigo; que, como quiera que tú hayas sido la guíadora de venir aquellos caballeros á esta tierra, donde tanto mal cada dia hacen, conociendo la obligación que á acrecentar tu ley tienes, sufriré la pasión que dello se me ha seguido.» Urganda, que tan vieja la vió y tan flaca, creyendo que por alguna manera la podría detener

hasta que los caballeros la tomasen, apeóse y fué para ella. Como la Infanta así la vió venir, púsose á la boca de la cueva, y dijo: «Urganda, no querría que por tí algun engaño me viniese; que veo aquellos caballeros tan cerca, que con poco embarazo que me pusieses, me podrian tomar; por eso, si hablarme quieres, llégate á mí.» Urganda, como tan vieja y tan flaca la vido, bien pensó que á dó quiera que le pudiese echar la mano la podría sacar afuera; pero no se hizo como pensaba; que desde la vieja la tuvo cerca, echó en ella las ñudosas manos, dando grandes chillidos, que gritos no podía, porque su gran edad lugar no le daba, y tiró por ella tan recio, que á mal de su grado de Urganda, la metió en la cueva; y como dentro fué, despues de haber demandado ayuda á los caballeros con grandes voces, fué tan desacordada, que casi ningun sentido le quedó. Entonces la vieja, tirándole las tocas y asiéndola por los canos cabellos, dando con ella en el suelo, la llevó por la cueva adelante gran pieza.

Como Esplandian y los caballeros tenían los ojos hincados en lo que ellas hacian, y vieron aquella revuelta, pusieron las espuelas á sus caballos y fueron por la socorrer, y los primeros que llegaron fueron Talanque y Maneli, que la amaban mucho, y Talanque se metió sin ningun temor por la cueva. Pero antes que ocho pasos diese fué caído en el suelo casi amortecido, y así lo fué Maneli, que tras él iba. Entonces llegó Esplandian en su caballo á la cueva; y apeándose lo mas presto que pudo, entró por ella, no se le acordando el gran remedio que consigo llevaba, que era aquella su espada tan hermosa, que ante ella ningun encantamiento podía tener fuerza, así como ya lo habia probado en la montaña Defendida, delante de la dueña Arcabona. Y llegando donde Talanque y Maneli estaban en el suelo, pasó por ellos, y como ya á lo muy oscuro entrase, luego le fué presentada aquella gran claridad que de las sus preciosas piedras de su espada por la su gran virtud salia, y con ella vió cómo la vieja Infanta tenia á Urganda de espaldas en el suelo, y sus duras manos en la garganta para la ahogar. Y Urganda, con la rabia de la muerte, la tenia asida con las suyas de los vellosos brazos; y visto por él, fué cuanto mas pudo á la socorrer, y trabando de la vieja, dijo con grande ira: «A Dios pluguiese que fueses tú caballero armado, porque mi saña en algo fuera satisfecha;» y tomándola por los largos cabellos, la tiró contra sí, y luego acudió un jimio muy grande en demasía, y tan viejo, que las arrugas de sus cueros llegaban al suelo, y sus ojos eran como dos brasas encendidas, y dió un salto para Esplandian por le herir en el rostro; mas él, teniendo con la siniestra mano á la vieja, alzó la diestra, y dió al jimio con el puño en el rostro tan fuerte golpe, que las quijadas le hizo pedazos, y dió con él muerto en el suelo, y sacó la vieja de la cueva, hasta la poner en poder de Frandalo; y tornando á entrar, no curando de los caballeros, quiso ver si Urganda era muerta, la cual halló trayendo los brazos á una parte y á otra, como que el alma se le queria despedir; y tomándola en sus brazos, la sacó fuera de la cueva, y tornó por los caballeros, sacándolos asimismo rastrando fuera; y como el aire les dió, y aquel encantamiento

to más fuerza no tuviese de cuanto dentro de la cueva entrasen, así ellos como Urganda en poco espacio de tiempo fueron en todo su acuerdo tornados, como si por ellos ninguna cosa pasara; mas de Urganda os digo que su garganta parecia tan negra como que ya la sangre con el alma fueran allí juntas por salir.

CAPITULO CXI.

Cómo Esplandian y Urganda, con los otros caballeros, se volvieron á la villa de Galacia, trayendo la infanta Melia presa.

Cuando Urganda así se vido, teniendo en la memoria la afrenta tan mortal que habia pasado, dijo: «Como quiera que yo al punto de la muerte fui llegada; viéndome agora sin aquel peligro, que teniendo, mi corazón quebrantado era, todo es tornado en sobrada alegría, por donde estos crueles golpes de la fortuna, que tanto tememos, considerando que muchas veces nos vienen por nuestro provecho, no nos debrian espantar, mas con fuertes ánimos los debriamos sufrir, pues que, segun su movable estado, por la mayor parte tras lo mas áspero y espantado se viene el mayor descanso y alegría, teniendo siempre en nuestras memorias de seguir tal templanza, cuando en lo próspero subidos nos viéremos, que cuando á ella pluguiere de traer lo contrario, sabiendo por cierto su venida, no nos tome salteados con tanto descuido, con tanta vanagloria y soberbia, que desesperando del buen remedio, lo contrario adverso tenga tanta fuerza, que sojuzgando nuestro entendimiento, al ánima ponga en tal peligro de que ninguna redencion espere.» Esplandian le dijo: «Por cierto, mi buena señora, vos decís verdad, y esta hermosa razon por vos dicha, no solamente á vos y á nosotros, mas á todos los mortales debria ser ejemplo; y ¿qué mandais que desta mujer se haga?—Que la llevemos de aquí, dijo ella; que, segun la determinacion de nuestro viaje, que será á aquella gran corte del Emperador, ninguna cosa que á esta iguale de extrañeza y admiracion podemos llevar.» Entonces Esplandian, tomando una aljuba de seda que Sargil, su escudero, siempre le traía, y como se desarmaron, la vistió á aquella Infanta, porque algunas cosas de su cuerpo que deshonestas parecian, cubriéndolas, en toda honestidad puestas fuesen. Y poniendo á Urganda en su palafren y á la vieja en el de Sargil, quedando él á las ancas, se tornaron, con mucha risa de Urganda y de todos, á la villa donde habian salido, con aquella presa que llevaban, que en todo el mundo otra semejante no se hallaria; mostrando á Urganda aquel sartal que en aquella tierra habia cobrado. Torna la historia á la doncella Carmela.

CAPITULO CXII.

Cómo llegando á la gran Tesifante Carmela, que á nadie se humilla ni abaja, Estando presente la reina Heliaja, Presenta los presos delante el Infante, El cual los recibe con mucho talante; Y hechas mercedes á aquella doncella, Le da caballeros que vuelvan con ella, Y así la despide con ledo semblante.

La doncella Carmela, como ya se os dijo, salida de la vista de Galacia con aquella compañía que tras ella

iba y cuatro escuderos para que la sirviesen, que Esplandian le mandó dar, anduvo todo aquel dia hasta la noche, que la tomó en una floresta, donde reposaron y cenaron de lo que llevaban, y madrugando mucho, como las camas que tuvieron lo requerian, continuando su camino, llegaron temprano á Tesifante, donde fué tanta gente ayuntada por los ver, que no podian pasar adelante, y con gran trabajo entraron en el palacio donde el Infante y su mujer estaban; y como dicho les fué, salieron entrambos á unas ventanas que sobre un muy gran corral estaban, y vieron toda aquella gente de la manera que venia, y á la doncella en su palafren con aquellas muy ricas vestiduras.

El infante Alforaj, que ya bien la pérdida de su villa sabia, fué tan enojado de congoja, que como destinado dijo: «Oh dioses en quien yo creo, ¿qué puede ser esto? Si yo os tengo airados, en mí se tome la venganza, y no consintais que esta mezzquina y simple gente padezca, aunque por cierto mas de mí que de vosotros debo ser quejoso, porque tanto he tardado en poner en ejecucion el remedio dello. Pero yo os prometo que si la fortuna, que ahora me es contraria, algun tanto de espacio de tiempo me da, que no pase mucho sin que vuestro servicio y mi honra satisfecha sea.» La Infanta, que así lo vido, díjole: «Señor, ruégos mucho que, aunque vuestra pasión muy grande, y con gran razon, sea, que con la discrecion sea templada; y esta doncella sea recibida como lo merece por aquel poco de tiempo que tan bien me sirvió.—Así es justo, dijo él, que se haga; que la discrecion que la pasión someter no puede, en muy pocas cosas acertará.» Entonces la Infanta mandó á un su criado que le trujese allí la doncella; y venida ante su presencia, díjole, sin se le humillar: «Infanta, pues que conoces aquel mi señor de quien yo soy sujeta, teniendo el mi corazón tan captivado, que no me da lugar que á otro alguno, si á él no, cate en señoría ni sea humillada, con gran razon se me debe perdonar. Y quíerote decir la causa de mi venida. Ya habrás sabido cómo Esplandian y sus compañeros son dentro de la villa de Galacia, y repartiendo lo que allí hallaron, cupo á su servicio esta compañía que aquí conmigo llegó. Pues que á sus maridos tienes, así tuvieron por bien que tuvieses sus mujeres y chiquitos niños, para se las mandar restituir, ó hacer de las lo que tu voluntad fuere; que puedes creer que aunque en lo general sean enemigos, á tí en lo particular desean servir en aquellas cosas que los nobles caballeros sin ofensa de sus honras y ánimas deben hacer.»

La Infanta dijo: «Carmela, mi amiga, tantos servicios he recibido desos caballeros, que en cualquier manera de prosperidad ó adversidad que por ellos pase; querría satisfacer su gran merecimiento. Pero bien sé que mi deseo no puede haber efeto sino cuando la gran fortuna y desventura suya les alcanzare; y entonces les daré yo á entender qué tan grande en conocimiento y virtud es la mi merced.» Y antes que la doncella respondiese, dijo el infante Alforaj: «Doncella, decid á Esplandian y á esos caballeros que no tomen mucho cuidado en la guarda desas mis villas, porque, aunque yermas me las dejasen, yo no las mandaría tomar, por cuanto ellas serán causa de venir en mi ayuda tantas